

## 22° DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO



La liturgia del Domingo 22 del Tiempo Ordinario nos propone una reflexión sobre la "Ley". Dios quiere la realización y la vida plena para el hombre y, en ese sentido, propone su "Ley".

La "Ley" de Dios indica al hombre el camino a seguir. Con todo, ese camino no se agota en un mero cumplimiento de ritos o de prácticas vacías de significado, sino en un proceso de conversión que lleva al hombre a comprometerse cada vez más en el amor a Dios y a los hermanos.

**La primera lectura** nos asegura que las "leyes" y preceptos de Dios son un camino seguro para la felicidad y para la vida en plenitud. Por eso, el autor de esa catequesis recomienda insistentemente a su Pueblo que acoja la Palabra de Dios y se deje guiar por ella.

**En el Evangelio**, Jesús denuncia la actitud de aquellos que hicieron del cumplimiento externo y superficial de la "ley" un valor absoluto, olvidando que la "ley" es solamente un camino para llegar a un compromiso efectivo con el proyecto de Dios. En la perspectiva de Jesús, la verdadera religión no se centra en el cumplimiento formal de las "leyes", sino en un proceso de conversión que lleve al hombre a la comunión con Dios y a vivir en un real compartir el amor con los hermanos.

**La segunda lectura** invita a los creyentes a escuchar y a acoger la Palabra de Dios; pero avisa que esa Palabra escuchada y acogida en el corazón, tiene que convertirse en un compromiso de amor, de compartir, de solidaridad con el mundo y con los hombres.

## PRIMERA LECTURA

**No añadáis nada a lo que os mando,  
así cumpliréis los preceptos del Señor**

### Lectura del libro del Deuteronomio

4, 1-2.6-8

Moisés habló al pueblo, diciendo:

— «Ahora, Israel,

escucha los mandatos y decretos que yo os mando cumplir.

Así viviréis y entraréis a tomar posesión de la tierra que el Señor,

Dios de vuestros padres, os va a dar.

No añadáis nada a lo que os mando ni suprimáis nada;

así cumpliréis los preceptos del Señor, vuestro Dios,

que yo os mando hoy.

Ponedlos por obra,

que ellos son vuestra sabiduría y vuestra inteligencia

a los ojos de los pueblos que,

cuando tengan noticia de todos ellos, dirán:

"Cierto que esta gran nación es un pueblo sabio e inteligente."

Y, en efecto,

¿hay alguna nación tan grande que tenga los dioses tan cerca

como lo está el Señor Dios de nosotros, siempre que lo invocamos?

Y, ¿cuál es la gran nación,

cuyos mandatos y decretos sean tan justos

como toda esta ley que hoy os doy?»

**Palabra de Dios.**

## 1.1. Ambientación

El Libro del Deuteronomio es aquél "libro de la Ley" o "libro de la Alianza" descubierto en el Templo de Jerusalén en el 18º año del reinado de Josías (622 a. de C.) (cf. 2 Re 22).

En este libro, los teólogos deuteronomistas, originarios del Norte (Israel) pero, sin embargo, refugiados en el sur (Judá) tras de las derrotas de los reyes del norte frente a los asirios, presentan los datos fundamentales de su teología: hay un solo Dios, que debe ser adorado por todo el Pueblo en un único lugar de culto (Jerusalén); ese Dios amó y eligió a Israel e hizo con él una alianza eterna; y el Pueblo de Dios debe ser un único Pueblo, la propiedad personal de Yahvé (por tanto, no tienen ningún sentido las cuestiones históricas que llevaron al Pueblo de Dios a la división política y religiosa, después de la muerte del rey Salomón).

Literariamente, el libro se presenta como un conjunto de tres discursos de Moisés, pronunciados en las planicies de Moab. Presintiendo la proximidad de su muerte, Moisés deja al Pueblo una especie de "testamento espiritual": recuerda a los hebreos los compromisos asumidos para con Dios y les invita a renovar su alianza con Yahvé.

El texto que hoy se nos propone forma parte del primer discurso de Moisés (cf. Dt 1,6-4,43). En la primera parte de ese discurso (cf. Dt 1,5-3,29), en estilo narrativo, el autor deuteronomista pone en boca de Moisés un resumen de la historia del Pueblo, desde la estancia en el Horeb/Sinaí, hasta la llegada al monte Pisga, en Transjordania; en la parte final de ese discurso (cf. Dt 4,1-43) el autor presenta, en estilo exhortativo, un pequeño resumen de la alianza y de sus exigencias.

Esta sección final del primer discurso de Moisés comienza con la expresión "*y ahora, Israel...*", que enlaza esta sección con la precedente: se manifiesta así que el compromiso que ahora se pide a Israel se apoya en los acontecimientos históricos anteriormente expuestos. La acción de Dios a lo largo del caminar del Pueblo por el desierto debe conducir a un compromiso.

El capítulo 4 del Libro del Deuteronomio es un texto redactado, muy probablemente, en la fase final del Exilio del Pueblo de Dios en Babilonia.

Perdido en una tierra extranjera y conviviendo con una cultura extraña, hostigado cuando intenta afirmar su fe en Yahvé y celebrarla a través del culto, impresionado por el esplendor ritual y las solemnidades del culto babilónico, el Pueblo bíblico corría el riesgo de cambiar a Yahvé por los dioses babilónicos. Es en este contexto en el que los teólogos de la escuela deuteronomista van a invitar al Pueblo a contemplar su propia historia (cf. Dt 1,6-3,29), a redescubrir en ella la presencia salvadora y amorosa de Yahvé y a comprometerse de nuevo con Dios y con la Alianza.

## 1.2. Mensaje

Ese Dios que, en el pasado, intervino en la historia para salvar y liberar a Israel, es el mismo Dios que, ahora, ofrece a su Pueblo leyes y preceptos.

¿Por qué Israel debe acoger y practicar esas leyes y preceptos que Dios le propone?

En primer lugar como forma de gratitud: es la respuesta de Israel a ese Dios libertador, que mil veces actuó en el pasado para salvar a su Pueblo.

En segundo lugar porque las leyes y preceptos del Señor son, incuestionablemente, un camino que conduce al Pueblo por el camino de la felicidad y de la libertad.

En cualquier caso, el vivir de acuerdo con las leyes y los preceptos de Yahvé ayudará al Pueblo a concretar todos sus sueños y esperanzas, sobre todo el gran sueño de establecerse en una tierra, escapando de los peligros e incomodidades de la vida nómada (v. 1).

Israel debe, con todo, tener cuidado para no adulterar las leyes y preceptos que Dios le propone. Hay siempre el peligro de que los hombres adapten la Palabra de Dios, de forma que sirva a sus intereses; siempre existe el peligro de que los hombres suavicen la Palabra de Dios, de forma que no sea tan exigente; siempre existe el peligro de que los hombres supriman de la Palabra de Dios aquello que les molesta; siempre se da el peligro de que los hombres interpreten algo de la Palabra de Dios, atribuyendo a Dios ideas y propuestas con las cuales Dios no tiene nada que ver. Israel tiene que resistir a estas tentaciones: la Palabra de Dios debe ser una propuesta cerrada que el Pueblo se esforzará en cumplir íntegramente (v. 2).

En la parte final del texto que se nos propone, el catequista deuteronomista manifiesta su orgullo por el hecho de que Israel sea un Pueblo especial, el Pueblo elegido de Dios.

Esa elección se manifiesta en la presencia amorosa y liberadora de Yahvé junto a su Pueblo (*"¿hay alguna nación tan grande que tenga los dioses tan cerca como lo está el Señor Dios de nosotros, siempre que lo invocamos?"*, v. 7), en el don de la Ley y en la "sabiduría" presente en esas leyes y preceptos que el Señor dio a Israel, a fin de conducirlo por los caminos de la historia (*"Y, ¿cuál es la gran nación, cuyos mandatos y decretos sean tan justos como toda esta ley que hoy os doy?"*, v. 8).

Israel, Pueblo "de dura cerviz", no siempre acogió y cumplió las leyes y los preceptos que el Señor le propuso; pero en los círculos religiosos de Israel se procuraba siempre mostrar al Pueblo que esa Ley era una propuesta segura para llegar a la vida plena, a la felicidad. Esa es la convicción que nuestro catequista deuteronomista deja transparentar en esta "homilía" que nos ofrece.

### 1.3. Actualización

- ✚ El autor de este texto es, antes de nada, un creyente con un enorme aprecio por la Palabra de Dios. Ve en las leyes y preceptos de Dios un camino seguro para la felicidad y para la vida en plenitud. Por eso recomienda insistentemente a su Pueblo que acoja la Palabra de Dios y se deje guiar por ella.

¿Qué importancia asume la Palabra de Dios en mi existencia?

¿Consigo encontrar tiempo y disponibilidad para escuchar, para meditar e interiorizar la Palabra de Dios, de forma que ella informe mis valores, mis sentimientos y mis acciones?

- ✚ Para muchos de nuestros contemporáneos, las leyes y preceptos de Dios son un camino de esclavitud, que condicionan la autonomía y que limitan la libertad del hombre; para otros, las leyes y preceptos de Dios son una moral superada, que no coincide con los valores de nuestro tiempo y que debe permanecer, cubierta de polvo, en el museo de la historia.

En contrapartida, para el catequista que nos ofrece esta reflexión del Libro del Deuteronomio, la Palabra de Dios es un camino siempre actual, que libera al hombre de la esclavitud del egoísmo y que le conduce al encuentro de la verdadera vida y de la verdadera libertad. De hecho, la escucha atenta y el compromiso firme con la Palabra de Dios es, para los creyentes, una experiencia liberadora: nos salva del egoísmo, del orgullo, de la autosuficiencia y nos proyecta hacia el amor, el compartir, el servicio, hacia la donación de la vida.

- ✚ Una de las insistentes recomendaciones de nuestro texto es la de no adulterar la Palabra de Dios, por los intereses personales de los hombres. Existe siempre el peligro, ya sea en nuestra reflexión personal, ya en nuestro compartir comunitario, de adaptar la Palabra según nuestros intereses, de suavizar su radicalidad, de reducir los aspectos que cuestionan, o de hacerle decir cosas que no vienen de Dios.

Es preciso preguntarnos constantemente si la Palabra que vivimos y anunciamos es la Palabra de Dios o es nuestra "palabra", si transmite los valores de Dios o nuestros valores personales, si testimonia la lógica de Dios o nuestra lógica humana.

Este proceso de discernimiento es más fácil cuando es realizado en comunidad, en diálogo y en confrontación con los hermanos que caminan con nosotros, que nos cuestionan y que comparten con nosotros su perspectiva de las cosas.

- ✚ Nosotros, los creyentes comprometidos andamos siempre muy ocupados en hacer cosas bonitas en el sentido de cambiar el mundo, en un activismo a veces exagerado y que, poco a poco, nos va haciendo perder el sentido de nuestra acción o de nuestro testimonio.

En medio de esa actividad frenética, tenemos que encontrar tiempo para escuchar a Dios, para meditar sus propuestas, para repensar sus leyes y preceptos, para descubrir el sentido de nuestra acción en el mundo.

Sin la escucha de la Palabra, nuestra acción se convierte en un "hacer cosas" estéril y vacío que, más tarde o más temprano, nos lleva a perder el sentido de nuestro testimonio y de nuestro compromiso.

## **Salmo responsorial**

### **Salmo 14, 2-5**

V/. Señor,  
¿quién puede hospedarse en tu tienda?

R/. Señor,  
¿quién puede hospedarse en tu tienda?

V/.El que procede honradamente  
y practica la justicia,  
el que tiene intenciones leales  
y no calumnia con su lengua.

R/. Señor,  
¿quién puede hospedarse en tu tienda?

V/.El que no hace mal a su prójimo  
ni difama al vecino,  
el que considera despreciable al impío  
y honra a los que temen al Señor.

R/. Señor,  
¿quién puede hospedarse en tu tienda?

V/.El que no presta dinero a usura  
ni acepta soborno contra el inocente.  
El que así obra nunca fallará.

R/. Señor,  
¿quién puede hospedarse en tu tienda?

## SEGUNDA LECTURA

### Llebad a la práctica la palabra

#### Lectura de la carta del apóstol Santiago 1, 17-18.21b-22.27

Mis queridos hermanos:

Todo beneficio

y todo don perfecto viene de arriba,

del Padre de los astros,

en el cual no hay fases ni períodos de sombra.

Por propia iniciativa,

con la palabra de la verdad, nos engendró,

para que seamos como la primicia de sus criaturas.

Aceptad dócilmente la palabra

que ha sido plantada y es capaz de salvaros.

Llebadla a la práctica

y no os limitéis a escucharla,

engañándoos a vosotros mismos.

La religión pura e intachable

a los ojos de Dios Padre es ésta:

visitar huérfanos y viudas en sus tribulaciones

y no mancharse las manos con este mundo.

**Palabra de Dios.**

## 2.1. Ambientación

La carta de donde fue extraída nuestra segunda lectura de hoy, es un escrito de un tal Santiago (cf. St 1,1), que la tradición liga a ese Santiago "hermano" del Señor, que presidió la Iglesia de Jerusalén y del cual hablan los evangelios, accidentalmente, como hijo de una cierta María (cf. Mt 13,55; 27,56). Murió decapitado en Jerusalén en el año 62.

Sin embargo, la atribución de este escrito a tal personaje trae consigo muchas dificultades. Lo más probable es que estemos ante otro Santiago distinto, desconocido hasta ahora (el "Santiago, hijo de Alfeo", del que se habla en Mc 3,18 y paralelos, y el "Santiago, hijo del Zebedeo" y hermano de Juan, del que se habla en Mc 1,19 y paralelos, tampoco encajan en este perfil).

Es, de cualquier forma, un autor que escribe en excelente griego, recurriendo, con frecuencia, a la "diatriba", un género muy utilizado por la filosofía popular helénica. Se inspira particularmente en la literatura sapiencial, para extraer de allí lecciones de moral práctica; pero depende también profundamente de las enseñanzas del Evangelio. Se trata de un sabio judeocristiano que repiensa, de manera original, las máximas de la sabiduría judía, en función del cumplimiento que estas encuentran en la boca y en las enseñanzas de Jesús.

La carta fue enviada "*a las doce tribus que viven en la Diáspora*" (St 1,1). Probablemente, la expresión alude a los cristianos de origen judío, dispersos por el mundo grecorromano, sobre todo en las regiones próximas a Palestina, como en Siria o en Egipto; pero, en general, la carta parece dirigirse a todos los creyentes, exhortándoles a que no pierdan los valores cristianos auténticos heredados del judaísmo a través de las enseñanzas de Cristo.

Denuncia, sobre todo, ciertas interpretaciones consideradas abusivas de la doctrina paulina de la salvación por la fe, subrayando la importancia de las obras; y ataca con extrema severidad a los ricos (cf. St 1,9-11; 2,5-7; 4,13-17; 5,1-6).

Nuestro texto pertenece a la primera parte de la carta (cf. St 1,2-27). Ahí, el autor presenta, en un conjunto de desarrollos y de sentencias, aparentemente sin orden ni lógica, una síntesis de la carta, pues ofrece un breve panorama de los problemas que le preocupan y que va a tratar en los capítulos siguientes.

## 2.2. Mensaje

Los versículos de la Carta de Santiago que se nos proponen como segunda lectura, reflexionan sobre la Palabra de Dios. El autor de la carta no desarrolla un razonamiento continuado, sino que va señalando distintos aspectos relacionados con la forma como los creyentes deben ver y acoger la Palabra de Dios.



1. Dios ofrece continuamente al hombre sus dones, a fin de proporcionarle vida y felicidad (v. 17). La Palabra de Dios es un don que el "Padre de los astros" ofrece al hombre y está destinada a generar una nueva humanidad. Los creyentes, iluminados por la "Palabra de la verdad" que les viene de Dios, pueden caminar con seguridad en dirección a la vida plena, la felicidad sin fin (v. 18).

2. Los creyentes deben estar siempre disponibles para acoger la Palabra de Dios. No pueden cerrarse en su orgullo y autosuficiencia, ignorando las propuestas de Dios, sino que deben abrir el corazón para que la Palabra enviada por Dios encuentre su lugar ahí, y pueda echar raíces y desarrollarse (v. 21b).

3. La escucha y la acogida de la Palabra tiene, con todo, que conducir a la acción. La escucha de la Palabra de Dios tiene que conducir a la conversión, al cambio, al abandono de la vida vieja del egoísmo y del pecado, para así poder abrazar una vida según Dios. La escucha de la Palabra de Dios tampoco puede cerrar al hombre en un espiritualismo alienante y estéril, sino que tiene que conducirlo a un compromiso efectivo para la transformación del mundo (v. 22).

4. En el último versículo de nuestra lectura (v. 27), el autor de la carta describe la religión auténtica (por oposición a la religión vacía, inoperante, muerta, de aquellos que hablan mucho pero no practican en coherencia con sus palabras, v. 26): "*visitar huérfanos y viudas en sus tribulaciones y no mancharse las manos con este mundo*". Uniéndolo con el tema central del resto de la lectura (la Palabra de Dios) podemos decir que es la escucha atenta de la Palabra de Dios la que nos proyecta a la acción y al compromiso.

La escucha de la Palabra de Dios lleva al creyente a pasar de una religión ritual, legalista, externa, superficial, a una religión de efectivo compromiso con la realización del proyecto de Dios y con el amor a los hermanos.

### 2.3. Actualización

- ✚ Nuestra sociedad padece una superabundancia de palabras, y la palabra se ha desvalorizado. Nos habituamos a no tomar demasiado en serio las palabras que escuchamos y a no concederles crédito.

Nuestro texto valora la Palabra de Dios y subraya su importancia en el sentido de que nos conduce al encuentro de la vida verdadera y eterna.

Es necesario que demos a la Palabra que Dios nos dirige un peso infinitamente superior al de las palabras sin sentido que todos los días llenan nuestros oídos y que intoxican nuestra mente.

La Palabra de Dios es Palabra generadora de vida, de eternidad, de felicidad; por eso, debe ser tan valorada por nosotros.

- ✚ El exceso de palabras (¡auténtica contaminación sonora!) lleva también, a la dificultad para escuchar con atención.

No tenemos tiempo ni paciencia para escuchar todos los disparates, todas las conversaciones sin sentido, toda la verborrea de aquellos a los que les gusta oírse a sí mismos, aunque no digan nada.

Por otro lado, las exigencias de la vida moderna, el trabajo excesivo, las prisas, limitan mucho nuestra posibilidad de escuchar.

Creamos hábitos de no escuchar y nos convertimos en sordos ante las llamadas que llegan hasta nosotros a través de la palabra.

Nuestra lectura nos invita, mientras tanto, a encontrar tiempo y disponibilidad para escuchar a Dios que nos habla y que, a través de la Palabra que nos dirige, nos presenta sus propuestas, para nosotros y para el mundo.

- ✚ La Palabra de Dios que escuchamos y que acogemos en el corazón, debe conducirnos a la acción. Si nos quedamos únicamente en la escucha y contemplación de la Palabra, se hace estéril e inútil. Es necesario transformar esa Palabra que escuchamos en gestos concretos, que nos lleven a la conversión y que aporten un crecimiento de vida para el mundo.

La Palabra de Dios que escuchamos tiene que llevarnos al compromiso, a la lucha por la justicia, por la paz, por la dignidad de nuestros hermanos, por los derechos de los pobres, por un mundo más fraterno y más cristiano.

- ✚ Nuestra religión, sin la escucha atenta y comprometida de la Palabra de Dios, puede fácilmente convertirse en mero cumplimiento de ritos, en fidelidad a ciertas prácticas de piedad, en una tradición que heredamos y en la que nos instalamos, en una práctica que hace más fácil nuestra inserción en un determinado medio social, en una alienación que nos hace olvidar ciertos dramas de nuestra vida.

Es la Palabra de Dios que, proponiéndonos una escucha continua de Dios y de sus proyectos y un compromiso continuamente renovado en la construcción del mundo, la que da sentido a toda nuestra experiencia religiosa, y la transforma en una verdadera experiencia de vida nueva, de vida auténtica.

## Aleluya

St 1,18

El Padre, por propia iniciativa,  
con la palabra de la verdad, nos engendró,  
para que seamos como la primicia de sus criaturas.

## EVANGELIO

### Dejáis a un lado el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres

#### † Lectura del santo evangelio según san Marcos 7, 1-8.14-15.21-23

En aquel tiempo,  
se acercó a Jesús un grupo de fariseos con algunos escribas de Jerusalén,  
y vieron que algunos discípulos comían con manos impuras,  
es decir, sin lavarse las manos.

(Los fariseos, como los demás judíos,  
no comen sin lavarse antes las manos restregando bien,  
aferrándose a la tradición de sus mayores,  
y, al volver de la plaza, no comen sin lavarse antes,  
y se aferran a otras muchas tradiciones, de lavar vasos, jarras y ollas.)

Segun eso, los fariseos y los escribas  
preguntaron a Jesús:

— «¿Por qué comen tus discípulos con manos impuras  
y no siguen la tradición de los mayores?»

Él les contestó:

— «Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, como está escrito:  
*"Este pueblo me honra con los labios,  
pero su corazón está lejos de mí.  
El culto que me dan está vacío,  
porque la doctrina que enseñan son preceptos humanos."  
Dejáis a un lado el mandamiento de Dios  
para aferraros a la tradición de los hombres.»*

Entonces llamó de nuevo a la gente y les dijo:

— «Escuchad y entended todos:

Nada que entre de fuera puede hacer al hombre impuro;  
lo que sale de dentro es lo que hace impuro al hombre.

Porque de dentro, del corazón del hombre,  
salen los malos propósitos, las fornicaciones,  
robos, homicidios, adulterios, codicias, injusticias,  
fraudes, desenfreno, envidia, difamación, orgullo, frivolidad.  
Todas esas maldades salen de dentro y hacen al hombre impuro.»

**Palabra del Señor.**

### 3.1. Ambientación

En la primera parte del Evangelio según Marcos (cf. Mc 1,14-8,30), el autor presenta a Jesús como el Mesías que proclama el Reino de Dios. Desplazándose por toda Galilea, Jesús anuncia la Buena Nueva del Reino de Dios con sus palabras y con sus gestos, proponiendo un mundo nuevo de vida, de libertad, de fraternidad para todos los hombres. Su propuesta provoca las reacciones y las respuestas más diversas en los líderes judíos, en el pueblo y en los propios discípulos.

La escena que hoy se nos propone en el Evangelio nos muestra, precisamente, la reacción de los fariseos y los doctores de la Ley ante la actuación de Jesús.

Poco antes, Jesús había realizado la multiplicación de los panes y de los peces (cf. Mc 6,34-44) proponiendo, con su gesto, un mundo nuevo de fraternidad, de servicio y de solidaridad (el "Reino de Dios"); y los líderes judíos, sin coraje para enfrentarse directamente con Jesús y para realizar otra propuesta, escogen a los discípulos como blanco de sus críticas.

Naturalmente esos fariseos, cumplidores de la Ley, van a cuestionar a los discípulos de Jesús sobre la forma deficiente como estos cumplen con la "*tradición de los antiguos*".

Para los fariseos, la "*tradición de los antiguos*" no se ciñe únicamente a las normas escritas y contenidas en la Ley (Torah), sino que además había un inmenso conjunto de leyes orales donde aparecían las decisiones y las sentencias de los rabinos acerca de los más diversos temas.

En la época de Jesús, esa "tradición de los antiguos" constaba de 613 leyes (tantas como las letras del Decálogo dado a Moisés en el Monte Sinaí), de las cuales 248 eran preceptos de formulación positiva y 365 eran preceptos de formulación negativa.

Esas leyes, que el Pueblo tenía dificultad en conocer en su totalidad y que tenía dificultad, aún más, en practicar, eran, para los fariseos, el camino para hacer de Israel un Pueblo santo y para preparar la venida liberadora del Mesías. Va a ser, precisamente, alrededor de esta temática donde va a centrarse la polémica entre Jesús y los fariseos, la que el Evangelio de hoy nos relata.

Cuando Marcos escribió su Evangelio (en la década de los 60), la cuestión del cumplimiento de la Ley judía aún era una cuestión "caliente".

Para los cristianos venidos del judaísmo, la fe en Jesús debía ser complementada con el cumplimiento riguroso de las leyes judías. Mientras, la imposición de las costumbres judías llevaría, ciertamente, a la marginación de los cristianos venidos del paganismo.

La cuestión que había que resolver era la siguiente: ¿el cumplimiento de la Ley de Moisés era importante para la comunidad cristiana? ¿Para que el Reino que Jesús proponía se hiciera presente, era necesario el cumplimiento íntegro de la Ley judía?

El Concilio de Jerusalén (alrededor del año 49) ya había dado una primera respuesta a la cuestión: para los cristianos, lo fundamental es la persona de Jesús y su Evangelio; no es lícito imponer a los cristianos venidos del paganismo el fardo de la Ley de Moisés.

Sin embargo, el problema continuó durante algunas décadas más, sobre todo a propósito de los tabúes alimenticios hebreos y que los cristianos venidos del judaísmo pretendían imponer a toda la Iglesia (cf. Rom 14,1-15,6).

Es, probablemente, a esta temática a la que el evangelista Marcos quiere responder.

### 3.2. Mensaje

Los pueblos antiguos, en general y el judío, en particular, sentían un gran desconcierto cuando tenían que lidiar con ciertas realidades desconocidas y misteriosas (casi siempre ligadas a la vida y a la muerte) que no podían controlar ni dominar.

Creían, entonces, en un conjunto abundante de reglas que hacían de intermedirarias en el contacto con esas realidades, (por ejemplo, los cadáveres, la sangre, la lepra, etc.) o que, por lo menos, regulaban la forma de tratar con ellas, de forma que las hiciera inofensivas.

En el contexto judío, quien infringía, incluso involuntariamente, esas reglas se colocaba en una situación de marginalidad y de indignidad que le impedía aproximarse al mundo divino (el culto, el Templo) y tampoco podía formar parte del Pueblo santo de Dios. Se decía, entonces, que la persona quedaba "impura". Para volver a adquirir el estado de "pureza" y poder formar parte de la comunidad del Pueblo santo, el creyente necesitaba realizar un rito de "purificación", cuidadosamente estipulado en la "Ley".

En la época de Jesús, las reglas de "pureza" habían sido abundantemente ampliadas por los doctores de la Ley.

En opinión de los rabinos de Israel, existía una lista inmensa de cosas que hacían al hombre "impuro" y que lo apartaban de la comunidad del Pueblo santo de Dios. De ahí la obsesión con los rituales de "purificación", que debían ser cumplidos a cada momento en la vida diaria.

Uno de esos ritos consistía en lavarse las manos antes de las comidas. En su origen está, probablemente, la universalización del precepto que mandaba a los sacerdotes lavarse los pies y las manos, antes de aproximarse al altar para el ejercicio del culto (cf. Ex 30,17-21).

En la perspectiva de los doctores de la Ley, la purificación de las manos antes de las comidas, no era una cuestión de higiene, sino una cuestión religiosa. En cada momento el creyente corría el riesgo, incluso sin saberlo, de tropezar con una realidad impura y tocarla; para evitar que la "impureza" (que se le quedaba prendida en las

manos) se introdujese, juntamente con los alimentos, en el cuerpo, se le exigía lavarse las manos antes de las comidas.

En Galilea, tierra en permanente contacto con el mundo pagano y donde las normas de "pureza" no eran tan rígidas como en Jerusalén, no se daba demasiada importancia al ritual de lavar las manos antes de las comidas para evitar la ingestión de "impureza".

Los fariseos venidos de Jerusalén, siendo testigos de que los discípulos comían sin realizar el gesto ritual de la purificación de las manos, quedaron escandalizados y contaron el caso a Jesús. Probablemente la historia sirvió a los fariseos para sondear a Jesús y para averiguar su ortodoxia y su respeto por la tradición de los antiguos.

Para Jesús, la obsesión de los fariseos con los ritos externos de purificación, es síntoma de una grave deficiencia en cuanto a la forma de ver y de vivir la religión; por eso, Jesús responde al reparo de los fariseos con alguna dureza.

Partiendo de la Escrituras (v. 6-8) y del análisis de la praxis de los judíos (v. 9-13), Jesús denuncia esa vivencia religiosa que se interesa únicamente en la repetición de prácticas externas y formales, pero que no se preocupa de la voluntad de Dios ("*Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí*", v.6) o con el amor a los hermanos. Se trata de una religión vacía y estéril ("*El culto que me dan está vacío*", v. 7), que no viene de Dios sino que ha sido inventado por los hombres ("*la doctrina que enseñan son preceptos humanos*", v. 7).

A aquellos que apuestan por una religión de ritos estériles, Jesús les llama "hipócritas" (v. 6): les interesa más el "aparentar" que el "ser", la materialidad que la esencia de las cosas.

Cumplen las reglas, pero no aman; visten, con fingimiento, la máscara de la religión, pero no se preocupan mínimamente de la voluntad de Dios. Esta religión es una mentira, una hipocresía, aunque se revista de santidad y piedad.

Después, Jesús se dirige a la multitud y formula el principio decisivo de la auténtica moralidad: "*Nada que entre de fuera puede hacer al hombre impuro; lo que sale de dentro es lo que hace impuro al hombre*" (v. 15).

Este es el principio general, a primera vista enigmático y capaz de recibir diversas interpretaciones, y que será explicado más adelante: "*Porque de dentro, del corazón del hombre, salen los malos propósitos, las fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, codicias, injusticias, fraudes, desenfreno, envidia, difamación, orgullo, frivolidad. Todas esas maldades salen de dentro y hacen al hombre impuro*" (vv. 22-23).

Lo dicho por Jesús se refiere, naturalmente, a dos "circuitos" distintos: el del estómago (donde entran los alimentos que se ingieren) y el del corazón (de donde salen los pensamientos, los sentimientos y las acciones). Los alimentos que entran en el estómago no son fuente de "impureza"; pero los pensamientos y las acciones que salen del corazón del hombre sí que son fuente de "impureza": apartan al hombre de Dios y de la comunidad del Pueblo santo.

En la antropología judía, el "corazón" es el "interior del hombre" en sentido amplio; es ahí donde está la sede de los sentimientos, de los deseos, de los pensamientos, de los proyectos y de las decisiones del hombre. Es en ese "centro vital" de donde todo parte donde es preciso actuar.

La verdadera religión no pasa, por tanto, por el cumplimiento de reglas externas, que regulan lo que el hombre come o no come, sino que pasa por una auténtica conversión de corazón, que lleve al hombre a dejar la vida vieja y a transformarse en un Hombre Nuevo, que asume y que vive los valores del Reino.

La preocupación por las reglas externas de "pureza" es una preocupación estéril, que no toca lo esencial, el corazón del hombre; así, puede servir para distraer al creyente de lo esencial, dándole una falsa seguridad y una falsa sensación de estar en regla con Dios.

La verdadera preocupación del creyente debe ser moldear su corazón, a fin de que sus sentimientos, sus deseos, sus pensamientos, sus proyectos, sus decisiones se realicen, día a día, desde la escucha atenta de los desafíos de Dios y en el amor a los hermanos.

### 3.3. Actualización

- ✚ ¿Qué es lo decisivo en la experiencia religiosa?  
¿Será el estricto cumplimiento de las leyes definidas por la Iglesia?  
¿Serán las manifestaciones exteriores de religiosidad las que definan quien es bueno o malo, santo o pecador, amigo o enemigo de Dios?
  
- ✚ Las "leyes" tienen su lugar en una experiencia religiosa, en cuanto señales indicadoras de un camino a recorrer. Sin embargo, es preciso que el creyente tenga el discernimiento suficiente para dar a la "ley" un valor justo, viéndola únicamente como un medio para llegar más allá en el compromiso con Dios y con los hermanos.  
La finalidad de nuestra experiencia religiosa no es cumplir las leyes, sino profundizar en nuestra comunión con Dios y con los otros hombres siendo, eventualmente, ayudados en ese proceso por las "leyes" que nos indican el camino a seguir.
  
- ✚ Si hacemos de las leyes algo absoluto, pueden convertirse, para nosotros, en un fin y no en un medio, en un camino. En ese caso, las "leyes" serán una forma de acallar nuestra conciencia, de vernos en paz con Dios, de sentir que Dios nos debe algo porque cumplimos todas las reglas establecidas; volviéndonos orgullosos y autosuficientes, pues sentimos que somos nosotros los que, con nuestro esfuerzo para estar en regla, conquistamos nuestra salvación. Dejamos de necesitar de Dios, o sólo lo necesitamos para que valore nuestro esfuerzo y para darnos aquello que juzgamos que es una "justa recompensa".

El culto que prestamos a Dios puede convertirse, en ese caso, en un proceso interesado de compra-venta de favores y no en una manifestación del amor que nos llena el corazón. Nuestra religión será, en ese caso, una mentira, un negocio, que Dios no aprecia ni puede aprobar.

✚ De acuerdo con las enseñanzas de Jesús, no es muy religioso o muy cristiano quien acepta todas las "leyes" propuestas por la Iglesia, o quien cumple escrupulosamente todos los ritos; sino que es un cristiano verdadero aquel que, en su corazón, se adhiere a Jesús e intenta seguirlo por el camino del amor y de la entrega, que acepta formar parte de la comunidad de los discípulos, que acoge con gratitud los dones de Dios, que celebra la fe en comunidad, que acepta realizar con los hermanos una experiencia de amor compartido.

✚ Esto es lo que Jesús quiere decir cuando invita a sus discípulos a no preocuparse por las leyes y los ritos externos sino a preocuparse por lo que sale del corazón.

Es en el interior del hombre donde se definen los sentimientos, los deseos, los pensamientos, las opciones, los valores, las acciones del hombre. Es ahí donde nacen nuestras impurezas, discordias y violencias que destruyen las relaciones, los intentos de humillar a los hermanos, los rencores que nos impiden perdonar y aceptar a los otros, las opciones que nos hacen escoger caminos errados y que nos esclavizan a nosotros y a aquellos que caminan a nuestro lado.

La verdadera religión pasa por un proceso de continua conversión, en el sentido de parecernos cada vez más a Jesús y de acoger la propuesta de Hombre Nuevo que él nos ha venido a realizar.

✚ Es necesario que nos mantengamos libres y críticos en relación con las "leyes" que se nos proponen, sean leyes civiles o religiosas. Son medios y deben ser consideradas como ayudas para ser más humanos, más fraternos, más justos, más comprometidos, más coherentes, más "familia de Dios"; y dejan de servir si generan esclavitud, dependencia, injusticia, opresión, marginalidad, división, muerte.

El proceso de discernimiento de las "leyes" buenas o malas no puede, con todo, ser un proceso solitario, sino que debe ser un proceso que hacemos, con el Espíritu Santo, en el compartir comunitario, en el encuentro fraterno con los hermanos, en una búsqueda coherente e interesada del mejor camino para llegar a la vida plena y verdadera.